

Miguel Martínez

Front Lines. Soldier's Writing in the Early Modern Hispanic World

Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2016, 309 p.

ISBN 978-0-8122-4842-5

Lara Vilà

Universitat de Girona

laravt@gmail.com

En su *History and Warfare in Renaissance Epic*, publicado en 1994, Michael Murrin acuñó una expresión que ha hecho fortuna entre los estudiosos de la épica, en especial de la escrita en España a partir de mediados del siglo XVI. Al hablar de una «poética de la pólvora» (*gunpowder poetics*), el estudioso norteamericano sanciona el vínculo de la escritura épica con la práctica contemporánea de la guerra, cuyas batallas más célebres fueron ganadas no por los nobles miembros de la caballería pesada sino por unos modestos infantes que luchaban a pie armados con picas y arcabuces. Se perfila así una nueva realidad bélica, más descarnada y real, que contrasta con la efigie idealizada de la caballería, cuya representación más conspicua en las letras áureas encontramos en los *romanzi* y los libros de caballerías. Siguiendo la perspectiva expuesta por Murrin, los estudios de la poesía épica de los últimos decenios han enfatizado la voluntad de los poetas españoles, especialmente a partir de 1560, de mostrar la cotidianeidad de la guerra y de ceñirse a la veracidad histórica, algo que en gran parte se explica, como afirman Elizabeth B. Davis (2005) y María José Vega (2010), porque muchos de ellos eran soldados.¹ La

1. Elizabeth B. Davis, «Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro», en Begoña López Bueno, ed., *En torno al canon: aproximaciones y estrategias*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, 317-332. María José Vega, «Idea de la épica en la España del Quinientos», en M. J. Vega y L. Vilà, eds., *La teoría de la épica en el siglo XVI (España, Francia, Italia y Portugal)*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2010, 103-135.

guerra y la lectura historiográfica son, en suma, los dos elementos fundantes de la épica moderna. El libro de Miguel Martínez es una de las últimas contribuciones que resitúan el estudio del género en sus coordenadas culturales e históricas, pero va más allá. Desde la centralidad de la épica, *Front Lines* analiza los textos escritos por soldados y aborda un estudio histórico de las formas que adopta el relato de sus vivencias personales entre los siglos XVI y XVII. A lo largo de estas décadas cruciales, los guerreros escritores, de la mano de un imperio que camina hacia su decadencia, se apartan de la nueva «épica de la pólvora», que encumbra al soldado de humilde cuna, y cultivan géneros como la lírica, que da voz a una visión más sombría y dolida de la guerra, y la autobiografía, que posee tintes más cercanos a la picaresca y que sitúa al milite en los bajos fondos, los mentideros y la ilegalidad. La guerra se configura pues como el ámbito privilegiado de la épica, del heroísmo y del imperio victorioso, pero también de la miseria, el sufrimiento y la violencia gratuita, que no tienen cabida en la poesía heroica. Así pues, *Front Lines* desarrolla de qué modo la llamada «Revolución militar» afectó a la práctica de algunos géneros clásicos, como la épica y, por otro, de qué forma su reinención supuso en determinados casos el cuestionamiento de los valores e ideas asociados a la guerra y al imperio.

Todo ello descansa en una idea de fondo que recorre las páginas del libro de principio a fin, como es la existencia de una *Soldierly Republic of Letters*, de una república de soldados «pláticos» a la vez que «curiosos», que conciben la escritura como una prolongación de su tarea militar, como un signo de su profesionalidad pero también de sus ansias de reconocimiento. No estamos, empero, ante la imagen acrisolada del garcilasiano guerrero que empuña «ora la espada, ora la pluma». El libro de Martínez problematiza de hecho la quijotesca estampa del soldado español, construida en parte en la interesante monografía *Il soldato gentiluomo* de Raffaele Puddu (1982), y busca enfatizar la voluntad de ennoblecimiento y medro inherentes a la práctica de las armas así como la frustración de dichas expectativas y los límites impuestos por las mismas estructuras militares y sociales que las habían alentado, en un fenómeno que daría pie a fenómenos de subversión y cuestionamiento de las políticas imperiales.

Para desarrollar esta tesis, Martínez adopta una perspectiva histórica además de genérica. La obra plantea la idea central de la «república soldadesca de las letras» entendida como una «comunidad de intereses, de un público para los «asuntos de guerra», que devino la base de nuevas formas de lectura y escritura, de nuevos géneros y de nuevas formas materiales de distribución y apropiación» (p. 3; la traducción es mía). Asimismo, anuncia su voluntad de responder a la historiografía que ha asumido una relación armónica entre la espada y la pluma, es decir, entre la escritura de estos soldados y el estado por el que combatían. A partir de aquí, el primer capítulo se ocupa largamente de la descripción de esta república de soldados escritores y de las estructuras que favorecieron su existencia, para tratar en los siguientes de los distintos focos bélicos que cimentaron una nueva forma de escritura épica y su progresivo abandono por otros registros

más aptos para retratar los aspectos menos heroicos de la vida castrense. Así, en el capítulo segundo se centra en la tensión entre dos modelos heroicos coetáneos, tales como la nueva épica de la verdad y el *romanzo*. El tercero, articulado sobre el conflicto en el Mediterráneo, se aleja de la recensión de sonadas victorias, como Lepanto, para ocuparse de los relatos sobre guarniciones sediciosas y supervivientes del cautiverio en los que la épica de la conquista deriva hacia autobiografías de tono más doliente. El cuarto capítulo, por su parte, desarrolla el vínculo entre el conflicto español en Chile y la guerra de Flandes, símbolos, en el Nuevo y el Viejo Mundo, de la derrota y el caos del imperio en sus fronteras, que en última instancia obliga a replantear el discurso de la diferencia colonial. El quinto trata, finalmente, del regreso del guerrero a la patria, roto y pobre, relegado a una marginalidad que traslada en baladas y autobiografías en las que el tono épico ha sido postergado.

«The Soldier's Republic of Letters», el primer capítulo, aborda cuatro grandes temas. El primero plantea la milicia como un asunto de clase y opone el mundo de la infantería, humilde y plebeya, a la imagen aristocrática de la guerra. La milicia se perfila pues como un instrumento para el progreso social de unos hombres que, pese a su oscuro origen, no carecían de educación, como demuestra el conocidísimo caso de Diego García de Paredes. Este, además de una modesta biblioteca, legó al morir uno de los textos autobiográficos más célebres de la soldadesca hispana, la *Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes*, descubierta entre sus documentos. Esta obrita demuestra la familiaridad de los de su clase con la cultura escrita, posiblemente gracias a los precios asequibles de algunos impresos sencillos, como los pliegos sueltos, y a los avances sociales en materia de alfabetización. Otro de los aspectos aducidos por Martínez en beneficio de esta idea es la presencia cotidiana de la escritura en la vida militar, en especial en los períodos de paz en presidios y cuarteles, en los que los soldados compartirían charlas y lecturas de asunto bélico. Este hecho contribuiría a la creación de un entramado social en el que las historias de la guerra se percibirían como instrumento de reconocimiento y muestra de fraternidad hacia los pares. Se ocupa también este capítulo de indagar el carácter veraz de estos escritos y su naturaleza de fuente histórica. Martínez señala el importante número de soldados escritores en los ejércitos carolinios, algunos de cuyos manuscritos pudieron servir, por ejemplo, a autores de la talla de Luis de Ávila y Zúñiga y Prudencio de Sandoval en su relato de la Guerra de Esmalcalda, como reconocía el segundo. Con este gesto, Sandoval legitima la autoridad de estos textos, muchos de ellos anónimos, escritos por soldados de a pie que se erigen en testimonios autorizados de los hechos que describen. El capítulo se ocupa también del consumo extendido de estos textos gracias a la existencia de las estructuras militares de la monarquía hispánica, cuya movilidad en Europa y el Nuevo Mundo convirtió a los soldados en agentes activos de la difusión de esta literatura, lo que, a su vez, propició que estas instituciones contribuyeran al desarrollo de su identidad colectiva. En última instancia, plantea la compleja

dependencia entre las prácticas discursivas escritas y orales sobre la guerra, y cómo estas podían mover a alzamientos, en lo que constituye una reflexión interesante sobre el poder de la escritura y la cultura política de los soldados de los ejércitos imperiales.

El segundo capítulo, «The Truth about War», se ocupa del conflicto de clase fruto de las novedades de la Revolución militar y las consecuencias que tuvo en la literatura sobre la guerra, en particular en la épica. La presencia de las armas de fuego portátiles desplazaría a la caballería pesada, de modo que la guerra, que había sido patrimonio de la clase nobiliaria, era ahora el signo de identidad de la humilde pero victoriosa infantería, como atestiguaba simbólicamente la batalla de Pavía (1525). Esta nueva realidad acabaría alterando la representación del hecho bélico tal como se plasmaba en el *romanzo* caballeresco, y supuso el surgimiento de una forma de escritura épica más cercana a la realidad del campo de batalla. El núcleo de este interesante capítulo se dedica pues al estudio de la «épica de la pólvora» producida a partir de la década de 1560 y propone su estudio desde la oposición del caballero y el soldado, de la cortesanía y la guerra auténtica: «soldierly culture is shaped after and in confrontation and competition with aristocratic literary forms» (66). Martínez responde, desde las reflexiones de Murrin, a la imagen nobiliaria del soldado español para explicar la escritura épica desde una retórica de la verdad, si bien se echan en falta otras aportaciones más recientes, como las de Davis y Vega arriba señaladas, entre otras, muy pertinentes para el tema aquí tratado. La novedad del capítulo descansa en el hecho de que esta épica ibérica no solo se vio influida por la literatura caballeresca sino también por el género de las «guerre in ottava rima», con las que comparte diversos aspectos significativos. Así, los poemas de Jerónimo Sempere, Baltasar del Hierro o Alonso de Ercilla se definen como un discurso específico de los soldados profesionales opuesto a la literatura aristocrática, que convierte a la épica en terreno privilegiado para el estudio de las tensiones de clase en el seno de la milicia. Un ejemplo de la distancia entre estos dos modelos heroicos lo encontramos en la comparación, que cierra el capítulo, del *Carlo famoso* de Luis Zapata (1566), donde la verdad de la historia se funde con las ficciones caballerescas, y *El victorioso Carlos V* (ca. 1570) de Jerónimo de Urrea, que busca glorificar a los héroes reales de la guerra contra la Liga de Esmalcalda.

El tercer capítulo, «Rebellion, Captivity, and Survival» desplaza el foco bélico de Italia al Mediterráneo, porque en este, además de dar voz a una nueva clase de héroes de guerra, la épica servirá también, paradójicamente, para cuestionar los principios y valores del imperio al que sirven los soldados escritores. Para ello, Martínez analiza los textos que relatan derrotas y crisis, como el levantamiento que siguió a la conquista de Mahdia, en la década de 1550, y la pérdida de Túnez y La Goleta, en 1574. De los hechos sucedidos tras la toma de Mahdia y del motín de su guarnición se ocupa *La destrucción de África* de Baltasar del Hierro (1560), un poema que despacha con rapidez la conquista para tratar con más detalle la codicia de la soldadesca y los aspectos logísticos y financie-

ros que motivaron el levantamiento. Hierro no busca pues presentar la lucha por Mahdia como un momento de gloria, adoptando la retórica de la cruzada, sino que narra hechos del presente que hablan a sus lectores, en realidad, de la inestabilidad del imperio por causa de quienes lo sostienen: los soldados. Es a estos a quien Hierro dirige su texto, como explicita él mismo y se deduce de la imprenta donde la obra vio la luz, la sevillana de Sebastián Trujillo, especializada en literatura popular. La épica de Hierro, en definitiva, no pretende en verdad ensalzar al imperio sino que contribuye a la construcción de la identidad social de quienes viven profesionalmente de las armas. Parecida lectura podemos hacer del segundo texto estudiado en este capítulo, el anónimo manuscrito titulado *Libro de los casos impensados*, que trata de la derrota de los españoles en La Goleta y Túnez. Fue este duro revés militar, y no la victoria de Lepanto, el momento crucial que, al consolidar la hegemonía turca en el Magreb, estabilizaría la situación en la zona (hecho que explica, quizá, la escasez de obras contemporáneas al respecto). Lo interesante del texto radica en cómo el tono épico, que sirve aquí al relato de una derrota, cede al registro lírico y autobiográfico cuando el poeta describe su cautiverio. En otras palabras, sostiene Martínez, cuando el empuje épico no tiene sentido, el soldado se decanta por la escritura en primera persona como forma de supervivencia, lo que explica el desplazamiento de la escritura de los soldados de la épica a la autobiografía.

Antes, sin embargo, de entrar de lleno en el estudio de las vidas de soldados, Martínez ahonda un poco más en la reflexión sobre el discurso épico de la derrota. El siguiente e interesantísimo capítulo, «New World War», se ocupa de la precariedad de la conquista y cómo esta conducirá a un «powerful refashioning of the genre» (161) en manos de Alonso de Ercilla, el poeta en torno al cual gravita todo el capítulo. En él se refiere el interés que el conflicto chileno despertó en la época, y cómo supuso un punto de inflexión en la imagen que hasta aquel momento se tenía en la metrópoli de la diferencia colonial. A su vez, la popularidad de *La Araucana* daría pie, por medio de la mimesis poética, a una imagen «americanizada» de otra empresa bélica de dudoso éxito como la guerra de Flandes. El hilo conductor de esta tesis es la afortunada expresión de Diego de Rosales (1674), que califica el caso de Chile como un «Flandes indiano», que Martínez interpreta en ambas direcciones. La guerra con los mapuches colisionaba con el conocimiento atesorado por los españoles durante la conquista del Nuevo Mundo, que había sustentado un discurso de la diferencia. En *La Araucana*, en cambio, Ercilla suscribe un problemático elogio de los araucanos que descansa en la semejanza de estos con los europeos, por lo que sus prácticas, su tecnología y su sociedad son descritos de forma que los araucanos resultan «hispanizados». Estos, en definitiva, se organizan y combaten como los occidentales, sumiendo al imperio español en el caos y el desconcierto. En este punto, Martínez establece un diálogo con la tesis de David Quint sobre «la épica de los vencidos» a raíz de la lectura de la amenaza proferida por Caupolicán antes de ser ajusticiado por los españoles. Las subsiguientes insurrecciones mapuches,

que cuestionan la estabilidad del proyecto colonial, parecerían confirmar el vaticinio del caudillo indiano. El discurso triunfalista resulta pues injustificado, por lo que los españoles, acostumbrados a la épica de la victoria, se vieron obligados a elaborar, dice Martínez, una épica de los vencidos (152-153). En parecidos términos puede leerse el conflicto español en Flandes, como demuestra, entre otros textos, *La inquieta Flandes* de Cristóbal Rodríguez Alva (1594), que sigue de cerca el poema de Ercilla. La dependencia no es casual y explica la relación entre la presencia masiva de los ejércitos del Duque de Alba en Flandes y la frenética actividad de las prensas bruseleses para satisfacer la consecuyente y súbita demanda de libros de temática militar. Las numerosas ediciones de *La Araucana* en pequeño formato nos hablan de la difusión extraordinaria del texto de Ercilla en los Países Bajos, que leerían tanto los españoles como los flamencos. Lo interesante del caso es que Ercilla servía tanto al relato de las experiencias de los españoles que combatían en Flandes como al que los flamencos construirían a partir de él, como en el *Historiale* publicado en Rotterdam por Isaac Janszonius en 1619, que deviene una épica de la resistencia.

Finalmente, rotos y desastrados, los soldados vuelven al hogar, en el que la miseria y el sufrimiento físico decanta su escritura por registros más adecuados, que son los que analiza el último capítulo, «Home from War». Tras este largo camino que ha conducido al lector de los campos de batalla de la Lombardía al lodazal del combate en Flandes, pasando por el Mediterráneo y América, llegamos a la metrópoli, a Madrid, donde los soldados componen ahora quejosas y sentidas baladas que nos hablan de dolor y pobreza, como la «Carta que un soldado envió del castillo de Amberes» o «Mirando estaba un retrato», en el que el yo lírico se queja de las políticas militares del imperio. Estas piezas líricas se suman a la ingente producción de autobiografías de soldados que beben tanto del modelo cesáreo como de la picaresca y retratan, por medio del tipo narrativo del soldado bizarro y pendenciero, la ruina y decadencia del imperio. Estas vidas de soldados hablan así de la marginalidad de los bajos fondos en los que se mueven estos rotos veteranos, del mísero estado en que sobreviven en la urbe, de los conflictos con los funcionarios del estado al que han servido y de una brutalidad y violencia poco legítimas. Todo ello perfila una estampa nada heroica y poco halagüeña de la carrera castrense. Así pues, no es extraño, señala Martínez, que estos textos apenas conocieran vida en letras de molde, lo que contrasta, por ejemplo, con la fructífera vida editorial de *La Araucana*. Las baladas de soldados rotos y las autobiografías acaban en definitiva construyéndose frente al discurso épico que había sido la vía privilegiada de narrar la guerra: «If epic was a (problematic) celebration of the heroism of comrades-in-arms, the professionalism and efficiency of their practice, the esprit de corps of the proletarians of warfare, lyric and autobiographical modes of writing would clearly engage with “the darker side of soldierly life”» (177).

Para concluir, el libro de Martínez plantea una lúcida reflexión sobre la escritura de soldados y esboza una idea de la épica pero, sobre todo, de sus cambios y reelaboraciones a lo largo del período moderno. La idea de la escritura de materia

bélica desde presuposiciones de clase y de género resulta a mi juicio pertinente y acertada en tanto que plantea los límites del discurso épico desde una perspectiva histórica, social y cultural. Es destacable el interés que presta a una miríada de textos diversos, impresos y manuscritos, cuyo estudio replantea la estampa nobiliaria del soldado ensalzada por una parte de la historiografía. Quizá cabría acusar, pero no entienda el lector que se apunta como demérito, la preterición de textos que sí reflejan cierta nostalgia por esa idea cortesana de la milicia, que apuntalarían también, a mi juicio, la problemática relación de los soldados con el estado. Pienso, por ejemplo, en algunos pasajes de los *Diálogos* de Núñez Alba, que Martínez aduce como ejemplo de la triste vida del soldado que vuelve del frente, pero en el que se vislumbra también una idea de una milicia heroica, recompensada por el rey, que ya no existe y cuya consideración cerraría mejor la idea de la vida castrense retratada en estos textos, aunque fuera a modo de contrapunto. La idea de la nobleza de la tarea militar, más próxima sin duda a la literatura caballeresca pero presente de un modo u otro en este y otros textos, se diluye en el énfasis concedido a la oposición de modelos heroicos como ejemplo de un conflicto de clase, que podría quizá considerarse de una forma más ambivalente, como demuestra el caso, también citado por Martínez, de Jerónimo de Urrea. Son matices simplemente de detalle que no restan en absoluto interés a la inteligente y metódica lectura que Miguel Martínez hace de la literatura sobre la guerra del período moderno, con la épica a la cabeza. En suma, una monografía excelente y de lectura amenísima que constituye una contribución destacable a un capítulo tan fecundo y a veces tan olvidado de nuestras letras áureas.



